

Mujer, cuerpo y aventura en la narrativa de viaje de Ada María Elflein (*La Prensa*, 1913-1919)



María Vicens

Universidad de Buenos Aires - Conicet, Argentina

Fecha de recepción: agosto 2018. Fecha de aceptación: julio 2019.

Resumen

Entre 1913 y 1918 Ada María Elflein viajó como corresponsal de *La Prensa* a varias provincias argentinas y escribió una serie de relatos de viaje en los que la naturaleza es retratada como un espacio salvaje, en función de un imaginario sublime cuyos efectos se evidencian en el cuerpo de quien narra, mientras que los cuerpos de “los otros” (representantes de la barbarie decimonónica) se vuelven pintorescos y son de este modo *asimilados* como sujetos de la patria. Así, Elflein promueve estas experiencias a su público lector, masivo y urbano, al mismo tiempo que plasma en su escritura la sensorialidad de un cuerpo femenino moderno que convierte su paso por la intemperie en una aventura.

Palabras clave

literatura argentina
escritoras
cuerpo
público lector
relatos de viaje

Woman, body and adventure in Ada María Elflein's travel narrative (*La Prensa*, 1913-1919)

Abstract

Between 1913 and 1918 Ada María Elflein traveled as a correspondent of *La Prensa* to several Argentine provinces and wrote a series of travel stories in which nature is presented as wild, based on a sublime imaginary whose effects are tangible in the body of the narrator, in opposition to the bodies of “the others” (representatives of nineteenth-century “barbarie”) which become picturesque and are thus *assimilated* as subjects of the nation. In this way, Elflein promotes these experiences to her public readership, massive and urban, and, at the same time, expresses through her writing the sensoriality of a modern feminine body that turns its experience outdoors into an adventure.

Keywords

Argentine literature
women writers
body
public readership
travel narrative

Mulher, corpo e aventura na narrativa de viagem de Ada María Elflein (*La Prensa*, 1913-1919)

Resumo

Palabras-chave

literatura argentina
 escritoras
 corpo
 público leitor
 histórias de viagem

Entre 1913 e 1918, Ada María Elflein viajou como correspondente do jornal *La Prensa* por várias províncias argentinas e escreveu uma série de histórias de viagens nas quais a natureza é retratada como um espaço selvagem, baseado em um sublime imaginário cujos efeitos são evidentes no corpo que narra, enquanto os corpos dos “outros” (representantes da barbárie do século XIX) se tornam pitorescos e são assimilados dessa maneira como sujeitos da pátria. Assim, Elflein promove essas experiências em seu público leitor, massivo e urbano, ao mesmo tempo em que exprime em sua escrita a sensorialidade de um corpo feminino moderno que transforma sua passagem pela intempérie em uma aventura.

“Sabido es que con la expedición de don Pedro de Mendoza vinieron muchas mujeres [...] lo que no todos conocen es el papel que [...] desempeñaron en esas aventuras, los sufrimientos sin nombre que soportaron, la fortaleza de ánimo de que dieron muestra cuando los hombres se doblegaron ante el exceso de fatigas y perdieron valor y esperanza frente a las múltiples y extrañas tribulaciones que cayeron sobre ellos en esta tierra nueva, ignota y hostil. [...] Doña Isabel de Guevara no es sino una entre muchas mujeres de aquellas horas.”

“Doña Isabel de Guevara”, *La Prensa*, 1908.

A partir del contraste entre fortaleza y debilidad, entre valor y cobardía, Ada María Elflein (1880-1919) presenta a sus lectores a Isabel de Guevara, integrante de la comitiva de Pedro de Mendoza queque desembarcó en las costas argentinas en 1536, quien pasó a la historia de manera fortuita debido a una carta dirigida a la infanta Juana; es decir, gracias a su carácter de mujer letrada y aventurera. Esta figura, evidentemente, fascina a la escritora, al punto de ceder su sección a las palabras de Guevara, decisión muy inusual desde que comenzaría a publicar sus relatos semanales en *La Prensa* en 1905. La intención de este gesto atípico de archivo (Elflein escribía asiduamente sobre el pasado nacional, pero siempre en un marco anecdótico, en la línea de las tradiciones y leyendas) para rescatar al personaje es clara, según ella misma precisa: “¿quién fue Isabel de Guevara? ¿Han oído su nombre alguna vez los que buscan estrellas en estos mundos todavía oscuros? ¿Qué sabe de ella el gran público?” (Elflein, 1908: 9). Así interpela la autora a quienes están del otro lado de la página y subraya (y busca restituir) los olvidos de un discurso histórico a partir del cual también ella se había formado como maestra y escritora. Su apuesta no es modesta ni acotada en este punto: el destinatario de su operación reivindicatoria es nada menos que el “gran público”, mención que sugiere la conciencia de Elflein sobre el lugar destacado que ocupaba en el campo cultural en tanto colaboradora de un medio masivo como *La Prensa*. Pero lo que más me interesa subrayar del fragmento es la elección del personaje en sí y cómo se refleja sobre su propia impronta autoral. No era común que Elflein destinara su sección a mujeres célebres ni el tono reivindicativo que adopta, y, sin embargo, el gesto a está ahí. ¿Qué es lo que atrae a Elflein de Guevara? ¿Qué quiere decir a través de su figura?

Es 1908 y Elflein transita su cuarto año en *La Prensa*: desde 1905 ha escrito tradiciones y relatos, y algunos de ellos han sido compilados en *Leyendas argentinas* (1906), libro destinado al público infantil que por esos años ya va por su segunda edición. En otras palabras, para 1908, Elflein es una escritora profesional, valorada por su ilustración, sus temáticas didáctico-infantiles y su tono patriótico, ameno y consistente. Retratada

como una autora modesta y educada –en el homenaje organizado a raíz de su muerte, en 1919, Enrique García Velloso la describe como una “chiquilla”, interlocutora del general Mitre y autora de “deliciosos” cuentos que el dramaturgo daba a leer a sus alumnos (García Velloso, 1919:8)–, el perfil autoral de Elflein tiene a primera vista la medida exacta para calmar las tensiones que despiertan por esa época la irrupción de los primeros reclamos feministas, la modernización, el trabajo y las nuevas costumbres que se instalan en una Buenos Aires que crece fogoneada por el aluvión inmigratorio y el desarrollo urbano. Ante este escenario de tiempos revueltos, Elflein es, según sus colegas, la maestra reconvertida en escritora que educa a los futuros ciudadanos argentinos a través de “cuentos galanos e instructivos” con “encantador aroma femenino”, como destaca *Caras y Caretas* (1917:s/p), destinados a fortalecer el imaginario de la patria, particularmente activo durante los años del primer centenario (Barbero y Devoto, 1983; Alfieri, 2005; Degiovanni, 2007).

La inclusión de Isabel del Guevara en sus columnas y el modo de recordarla, sugieren, sin embargo, otra vía para pensar esta impronta autoral tan correcta y virtuosa. Porque, lejos de una imagen conciliadora sobre la expedición, la carta de Guevara subraya los duros trabajos afrontados por las mujeres de la comitiva cuando los hombres flaqueaban, así como el reclamo de un resarcimiento por esos servicios. De este modo, y a partir de su decisión de publicar esa carta, Elflein reivindica la figura de la *pionera* que enfrenta los desafíos y peligros de la naturaleza, para luego escribir atravesada por esa experiencia. Asimismo, la alusión a la intemperie en el relato de Guevara recuerda a su vez a la figura de la cautiva, “un cuerpo en movimiento que se contrapone a la mujer atada a la tierra [...] que no espera al hombre sino que lo sigue”, como ha señalado Cristina Iglesia (2003: 24-25), y que, por ese mismo movimiento, atraviesa una frontera real y simbólica. Pero, más que por el gesto reivindicatorio de recordar a una figura femenina atípica de la conquista caracterizada por el arrojo, el coraje, el movimiento y la letra, la carta de Guevara toma una dimensión particular porque apuntala la impronta que Elflein desplegaría durante sus últimos años en *La Prensa*: la de la corresponsal que se aventura tierra adentro para narrar a ese gran público cómo es la Argentina que no ve.

El gesto sin duda esboza una genealogía, mediante una “treta del débil” (Ludmer, 1984), o varias: la escritora joven y conocedora de la historia americana rescata del archivo las palabras de una mujer de la conquista y esta operación se funda en el trazado de una serie femenina que, como diría Josefina Ludmer, se centra en *dar la palabra* al otro (la otra), identificándose con este, para constituir una alianza, de género en este caso. La carta de Isabel de Guevara, y su propia treta de utilizar un género menor como el epistolar para visibilizar la unión de dos reinos que deberían permanecer separados –las mujeres y el ámbito de la guerra y la aventura– es refuncionalizada por Elflein al publicarla en el espacio que se había ganado en uno de los diarios porteños más importantes de ese momento. Esa decisión traza una genealogía de mujeres aventureras, transgresoras de espacios y de roles sociales, que se proyecta sobre ella misma como escritora y sus futuras andanzas tierra adentro.

Entre 1913 y 1918 Elflein realiza varios viajes por las provincias argentinas y países limítrofes como enviada del diario. El primero es el ascenso del Cerro Pelado, en Mendoza, al que le siguen excursiones por Tucumán, Salta y Jujuy (1913), Uruguay (1915), Neuquén y Río Negro (1916), Mendoza y Chile (1917), San Luis y Córdoba (1918).¹ La novedad de la experiencia se comprueba tanto en la cantidad y el carácter sucesivo de las travesías realizadas, como en el hecho de que esta es la zona de su escritura en la que se ha interesado mayormente la crítica contemporánea. Mónica Szurmuk (1996, 2007), Claudia Torre (2012) y Martín Servelli (2014) han retomado estos relatos de viaje para repensar la figura de Elflein como una corresponsal que conjuga en sus textos los discursos nacionalistas de la época con una mirada

1. Los viajes de Elflein fueron publicados por entregas en *La Prensa* y más tarde reunidos en *Por campos históricos* (1926), tomo editado por la Asociación Nacional “Ada María Elflein” y primer volumen de un proyecto de Obras Completas que no llegó a concretarse. Los únicos relatos que no integran esta compilación son *Paisajes cordilleranos*, editado por *La Prensa* en 1917, y “Por los pueblos serranos”, incluido en la antología *Mujeres en viaje*, compilada por Mónica Szurmuk (2000). Para más detalles sobre las publicaciones de Elflein, véase el estudio preliminar de Julieta Gómez Paz en *De tierra adentro* (1961).

modernizadora del territorio nacional, atravesada por la idea de turismo burgués (Torre, 2012) y la percepción de ciertos lugares históricos como “sitios sagrados” que sustentan la identidad de las comunidades nacionales (Servelli, 2014), así como por el cruce entre dos imaginarios en ciernes, como el nacionalismo y el feminismo, para pensar el rol de las mujeres en esa Argentina en proceso de modernización (Szurmuk, 1996; 2007). Estos análisis funcionan como disparadores del presente trabajo, centrado en analizar el modo en que Elflein plasma en su escritura la experiencia de un cuerpo femenino moderno que se aventura en la naturaleza.

Como Isabel de Guevara, ella también es un cuerpo que transita lugares reales y simbólicos inestables en relación con los roles de género de la época –como la redacción del diario, el hogar compartido con una compañera, los viajes tierra adentro– y, para hacerlo, despliega una serie de prácticas y recursos discursivos que buscan apaciguar esa presencia disruptiva e incluso convertirla en una experiencia de lectura masiva. Si la salita que le destinan en *La Prensa* funciona como un “cuarto propio” que la integra y, a la vez, subraya su diferencia en el espacio masculinizado de la redacción, como ha señalado Claudia Torre (2012), y la imagen que ella construye de sí misma como una maestra rural creó, según Mónica Szurmuk, “un intersticio en la sociedad de la época que le permitiera llevar una vida independiente” (2007:135) junto a Mary Kenny, entonces, sus relatos de viaje también van a estar pautados por esa tensión entre la novedad que encarnan su figura y sus proyectos y el modo de convertirlos en experiencia de consumo para el gran público. En este marco, Elflein narra aventuras en las que la naturaleza conserva su potencial sublime al ser presentada en función de un imaginario salvaje cuyos efectos se evidencian en el cuerpo de quien viaja, mientras que los cuerpos de “los otros” –lugareños y habitantes históricos de esa tierra adentro– se vuelven pintorescos y, a partir de esta caracterización, son *asimilados* en tanto sujetos de esa patria moderna en construcción que le interesa proyectar en sus textos.

Naturalezas sublimes

En enero de 1913 Elflein emprende su primer viaje como corresponsal y pocos meses después publica un relato detallado y por entregas del mismo en las páginas de *La Prensa*. Además de ser el puntapié inicial de los varios recorridos que la escritora realizó en los años posteriores, esta primera experiencia presenta algunos rasgos, centrados en el carácter expedicionario del recorrido (en el sentido de un viaje colectivo que se realiza con un fin determinado, por lo general, científico, militar o deportivo), que interesan específicamente para el eje de análisis de este trabajo. El proyecto es escalar el Cerro Pelado junto a un grupo de mujeres –en su mayoría maestras vinculadas con el Centro Mary O. Graham– y bajo la guía de Francisco P. Moreno, lo que implica, más allá del esfuerzo físico de las extensas caminatas, acampar a la intemperie. Será la primera y única vez que Elflein narre una experiencia tan extrema en términos turísticos y tan centrada en cómo esa vivencia impacta físicamente en ella y sus compañeras. En sus siguientes relatos, pese a que también viaja acompañada por mujeres y cuenta algunos momentos de zozobra –el recorrido en auto de Zapata a San Martín de los Andes en *Paisajes cordilleranos* (1917) o el descenso a una mina en “Viaje a Mendoza y Chile” (1917), por ejemplo–, ninguna de ellas se compara, en términos de esfuerzo físico y exposición al exterior, al ascenso del Cerro Pelado. De hecho, esta particularidad es resaltada por la propia Elflein, al detallar los objetivos de la expedición:

Se trata de romper la rutina de los viajes “hechos”, es decir, de los viajes cuyo punto de partida es el hogar cómodo, y el destino, un hotel igualmente cómodo, puntos extremos puestos en comunicación por el tren rápido. Se trata de conocer los paisajes no vulgares de la tierra nativa, de vencer el miedo a las incomodidades, de despertar

y templar las energías y las fuerzas y, finalmente, —*last but not least*— de describir con la palabra, el pincel o la pluma, las bellezas gozadas para transmitir las al alumno, al espectador, al lector, y despertar el deseo de contemplarlas. (1926: 23-24)

Cuerpo y escritura se encadenan en el relato de Elflein en función de una experiencia que aleje al sujeto de la comodidad de la vida en la ciudad. Esta perspectiva recuerda al modo en que por esos años George Simmel (1911) definía la noción de *aventura*: como un fragmento que se desprende del contexto de la vida y asume un valor específico, ya que, si bien se vincula hacia adelante y hacia atrás con nuestra existencia, discurre en paralelo y en un sentido profundo al margen de esa continuidad.

Salir, explorar la naturaleza salvaje de la patria, implica para Elflein interrumpir el fluir cotidiano (del hogar, de la redacción, de la ciudad) y aventurarse a una experiencia transformadora que atraviesa el propio cuerpo. Al alcanzar el costado oeste del Cerro Pelado, la escritora comenta: “Un calofrío sacude mi cuerpo ante esa naturaleza torturada, cuya quietud la fantasía llega a imaginar ficticia, cual si toda esa marejada inmóvil, fuera a comenzar de pronto a agitarse, venir hacia nosotros [...]” (66). No hay que indagar demasiado para encontrar la palabra que sintetiza la experiencia evocada por Elflein: estamos ante un paisaje sublime y este espacio es construido no solo en términos visuales —como ese “panorama salvajemente bello, donde se yerguen extrañas bestias de pesadilla” (66)—, sino también sensoriales, a partir de los efectos corporales que esa contemplación provoca en la narradora.

El imaginario al que recurre Elflein en este punto no es nuevo. Tanto la construcción del paisaje a partir del contraste entre la pequeñez del ser humano y la inmensidad que lo estremece en su insignificancia, popularizada a través de los ensayos de Edmund Burke (1756), Emmanuel Kant (1764) y Friedrich Schiller (1793), como el interés por lo que Roland Barthes (2001) llamó la *vista panorámica* y su poder de intelección frente a ese mundo que por lo general se vive al ras de las cosas, remiten a la huella dejada por el romanticismo, europeo y local, y a su búsqueda de lo sublime como un modo de configurar la originalidad del paisaje nacional y la experiencia del sujeto frente a este. Por momentos, la mirada de la escritora incluso parece una cita de “La Cautiva” (1837) o de *Facundo* (1845), textos en los que el desierto funciona al mismo tiempo como ese espacio literario original y fascinante —“nuestro más pingüe patrimonio” señalaría Esteban Echeverría en su famosa “Advertencia” a *Rimas* (1837)—, ideal para narrar el drama de las pasiones locales, y metáfora, causa y efecto de la realidad política dominada por la barbarie federal.² Cuando Elflein, por ejemplo, visita los alrededores de Mendoza y se detiene en cómo “el desierto [...] retorna tan pronto como la mano del trabajador deja de abrir metódicamente el portillo para que el agua fecundadora entre por el surco” (1926:27) es casi inevitable asociar esa mirada con la forma en que Sarmiento introduce ese paisaje en *Facundo*, a partir de su famosa sentencia: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias” (1993:23).

Mujer ilustrada y maestra recibida, Elflein es sin duda consciente de los paisajes, figuras e ideas que moldean la tradición literaria argentina e incorpora estos tópicos de manera sistemática en sus relatos, al narrar, por ejemplo, su mirada de la “pampa nortea” mientras viaja en tren a Tucumán:

Concibo ante este paisaje, que las razas primitivas que poblaron la llanura tuvieran el empuje del viento pampero; que el gaucho, sucesor y heredero de indios y conquistadores, fuese indómito a todo freno y sintiese ebria el alma del espacio. ¿Dónde comienza esta planicie desmesurada? ¿Qué mares, qué montañas pueden ser bastante

2. Este trabajo se concentra en la relación de Elflein con el imaginario romántico debido al eje de análisis propuesto, pero la escritora dialoga con una amplia biblioteca, especialmente centrada en la narrativa de viajes —desde un autor colonial como Concolocorvo (“Viaje a Tucumán, Salta y Jujuy”) hasta una predecesora como Mary Graham (“Viaje a Mendoza y Chile”)—, así como con clásicos de la literatura argentina como Martín Fierro (“Paisajes uruguayos”). En este sentido, la referencia a Isabel de Guevara analizada al comienzo se vuelve aún más significativa en tanto alianza de género, ya que gran parte de las alusiones y motivos que aparecen en los textos de Elflein pertenecen a esa biblioteca de clásicos masculinos a la que su escritura se asocia a partir de la experiencia de la intemperie. Por el contrario, las viajeras decimonónicas (como la propia Mary Graham) por lo general escriben, según ha señalado Mary Louise Pratt (1992), sobre el mundo urbano y los dramas políticos que se desatan en espacios domésticos por el que estas viajeras circulan, más que sobre travesías expedicionarias. Para un análisis de la narrativa de viajes en Argentina, también me remito al conocido trabajo *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*, de Adolfo Prieto (1996).

hondos y bastante imponentes, para poner límite a su desbordante inmensidad? No ignoro que esos límites existen; pero también de ese conocimiento se llega a dudar, cuando el rápido en carrera vertiginosa devora legua tras legua [...] y la llanura continúa siempre! (1926:78)

La escena contemplativa remite al determinismo geográfico de cuño romántico, sus tópicos y sus personajes, tanto en la comparación de la llanura con el mar y la asociación entre el gaucho y la extensión, así como en la sensación de sobrecogimiento que el paisaje provoca en el sujeto, aunque introducen un corrimiento a partir de un elemento moderno insoslayable como el viaje en tren.

Esta experiencia de movimiento no es solo un dato, sino que también intenta plasmarse en la escritura, reforzando esa percepción estremecedora de la naturaleza a partir de la velocidad y la potencia que suman los medios de transporte modernos. En este marco, el tren “devora legua tras legua” en su “carrera vertiginosa” (78) hacia Tucumán o cruza el “pavoroso abismo” (212) de los Andes, “por una sucesión de puentes y túneles, verdadero yugo que la audacia y el saber del hombre han impuesto al hijo salvaje de la montaña” (213). Asimismo, el uso del automóvil alterna con cabalgatas y vapores en su recorrido por los lagos patagónicos, sin que su modernidad disminuya en ningún sentido la sensación de aventura. Por el contrario, la vuelve más extrema, ya que el auto va “en carrera desenfrenada por barrancos y cañadas, valles y anchas mesetas” (1918:34), tratando de “ganarle la carrera al sol” (35).

Más allá de esta innovación respecto a cómo se atraviesa el territorio a partir de la incorporación de nuevos medios de transporte, me interesa detenerme en dos recursos que Elflein prioriza a la hora de narrar esa experiencia de naturaleza sublime, pero vinculados con una noción moderna del cuerpo femenino: por un lado, la forma en que recorta su yo autoral y, por el otro, el énfasis en registrar el esfuerzo físico cuando se está a la intemperie. En efecto, la mirada que construye en su relato del ascenso al Cerro Pelado transmite una percepción que recuerda al modo en que David Le Breton define el cuerpo de la modernidad en tanto “límite fronterizo que delimita, ante los otros, la presencia del sujeto” (2002:22). Es este límite, justamente, el que, en el caso de Elflein, funciona como un factor de individuación que recorta el yo frente al nosotras colectivo que atraviesa la experiencia, para convertir esas sensaciones en escritura.

Este gesto inaugural de asimilación colectiva y recorte del yo autoral se repetirá en sus siguientes relatos de viaje, porque, como narradora, siempre visibiliza la compañía de otras mujeres, pero incluye escenas en las que toma distancia del grupo para transmitir su propia percepción de la experiencia. En su viaje hacia el norte argentino, en mayo de 1913, detalla, por ejemplo: “He permanecido todo el día en mi asiento contemplando el paisaje de esta llanura inmensa, y en el interior de los coches hace rato que brillan las luces. Como ya no distingo nada afuera, busco instintivamente a mis compañeras de viaje” (1926:80).³ Si la decisión de dejar el hogar desencadena en las escritoras decimonónicas una serie de experiencias que, según Vanesa Miseres, moldea una escritura “bajo la cual la identidad (en sus diferentes aristas) es pensada de manera móvil, transitoria y separada de las categorías científicas y políticas predominantes en el siglo XIX” (2017:26) que desborda los límites de la nación, en el caso de Elflein esta inestabilidad va a estar enfocada en la inmersión del propio cuerpo en una naturaleza que, a su vez, se encuentra en pleno proceso de transformación por efecto del avance del Estado moderno.

De hecho, ese vaivén entre el “nosotras” y el yo se replica en el vínculo que sus relatos entablan entre cuerpo y naturaleza, ya que, en la contemplación sublime del paisaje,

3. El hecho de que Elflein evidencie de manera sistemática que viaja con mujeres muestra, una vez más, la tensión entre la novedad de sus iniciativas y el modo de enmarcarlas “adecuadamente”. Si, por un lado, desde un principio anima a sus lectoras a viajar solas y desafiar prejuicios, y esta iniciativa introduce una dimensión moderna –incluso contestataria– en su escritura, como han analizado Szurmuk (2007) y Servelli (2014); por otro, la insistencia en esa compañía exclusivamente femenina también la protege de habladerías y enfatiza el carácter “virtuoso” de estas travesías. De hecho, aún hoy, las mujeres que viajan solas se constituyen en el discurso social como sujetos en peligro que “se arriesgan innecesariamente” al desplazarse de ese modo, como señala Vanesa Miseres en el prólogo de *Mujeres en tránsito* (2017).

esta última por momentos se corporiza y la impresión impacta sobre la propia sensorialidad del yo narrativo. En su segundo viaje a Mendoza, en 1917, Elflein narra del siguiente modo su experiencia en tren a través de la provincia:

Bajo un cielo blanquecino se tiende la tierra amarilla y parda herida de profundos tajos, como un cuerpo que se hubiera encogido por el calor de un horno. [...] Extiéndense por leguas y leguas los montes de chañar, los jarillales, los cactus y arbolillos y arbustos retorcidos, achaparrados y contrahechos. Semienterrados en la arena vemos troncos de árboles, raíces y ramas que no parecen cuerpos humanos. [...] En vano la mirada, pájaro cansado, busca en el yermo salitroso y calcinado un lugar donde posarse y descansar, mientras los pulmones trabajan angustiados por la falta de oxígeno. (175-176)

La naturaleza se vivifica, se vuelve cuerpo. Un cuerpo extremo, torturado en su estado salvaje, cuya percepción impregna, a su vez, a quien narra. Ante el sobrecogimiento que provocan las vistas del desierto noroeste, Elflein siente sed y falta de aire, a pesar de que, en realidad, ese paisaje es percibido desde la distancia, la velocidad y la comodidad del ferrocarril. Las sensaciones físicas provocadas por la travesía desértica funcionan como un *efecto estético* del paisaje sobre el cuerpo de quien narra, a diferencia de relatos previos en los que la intemperie es una vivencia llena de peligros y azar, como los de la propia Isabel de Guevara. En este sentido, las sensaciones que busca transmitir Elflein no parecen casuales: tanto el efecto estético que provoca esa naturaleza extrema como la insistencia en su carácter pasajero y controlado forman parte de la promoción de este tipo de viajes al público urbano a través de sus corresponsalías.

Hay otro rasgo que Elflein incorpora a sus relatos de viaje vinculado con el cuerpo femenino y el registro de su esfuerzo físico, una dimensión que, en lugar de comunicar ese desgaste en términos problemáticos, busca transmitirlo en *tono de aventura*, resignificando un espacio tan transitado discursivamente como el sublime patriótico (Silvestri, 2011). El caso en el que este recurso se observa más claramente es del ascenso al Cerro Pelado, relato concentrado en dar cuenta del desafío físico que implica esa expedición para Elflein y sus compañeras, así como de la ansiedad y el miedo que varias de ellas expresan en las diferentes etapas del recorrido. “Nuestro afán [...] era superior a la energía que necesitaríamos para vencer dificultades” (38), comenta la escritora al comienzo del capítulo “En la montaña”, y a esta primera afirmación siguen referencias a la “alarma mal disimulada” (51) de ella y sus compañeras ante el escarpado ascenso en mula, el pánico que cunde durante la primera noche por la presencia de vichucos en el refugio y, finalmente, el susto por la tormenta que se desata en su segunda noche, esta vez, acampando a la intemperie. “Cruzábanse los relámpagos y el eco del trueno rodaba por los despeñaderos con notas roncadas y llenas” (63), recuerda Elflein, para enfatizar lo dramático de la situación y su miedo de que la carpa sea arrastrada por una creciente, estado de ánimo que solo se calma cuando aparece Moreno para anunciar que la tormenta finalizará en breve.

El efecto reconfortante que provoca el cierre del episodio es clave, sobre todo, si se tienen en cuenta cuáles son los objetivos de esa expedición y a quiénes está destinado el relato. Si bien el paisaje que le interesa retratar a la escritora remite a lo sublime y a la posibilidad de experimentar la naturaleza en estado salvaje, la atención a cómo el cuerpo registra esa vivencia toma distancia del imaginario romántico y, más todavía, del de la conquista: Elflein y sus compañeras están lejos de los peligros que habían protagonizado sus antecesoras –reales, como Isabel de Guevara, o míticas, como Lucía Miranda y María– en el desierto, los Andes o la selva, así como de la forma en que escritores como Sarmiento habían registrado sus experiencias a la intemperie, cruzadas por el dolor y el dramatismo de la proscripción política y el exilio.⁴ Por el contrario, el foco está puesto en promover ese tipo de

4. Me refiero, entre otras, a la célebre escena de apertura de *Facundo* en la que Sarmiento narra cómo, mientras huye hacia el exilio y marcado por los cardenales, puntazos y golpes de la mazorca, escribe con un carbón, en pleno desierto: “A los hombres se los degüella, a las ideas, no”. Lejos de esta escritura a la intemperie de un cuerpo marcado por la violencia política, Elflein se preocupa por comenzar y finalizar sus relatos de viajes con reconfortantes alusiones a la civilización y la vuelta al hogar: escribir a la intemperie, tomar nota, registrar impresiones se convierte así en una experiencia vital de aventura que, sin embargo, nunca expone al cuerpo a un verdadero peligro.

viajes y, para hacerlo, se construye una *mirada aventurera* que despierte en el público urbano la emoción ante los riesgos vividos en esas expediciones tierra adentro, mientras se asegura el final tranquilizador y se invita a participar del contacto “no vulgar con la tierra nativa” (23).

Asimismo, esta perspectiva se diferencia de la de otras viajeras argentinas, antecesoras de Elflein, ya sea porque el foco de sus travesías se concentra en la ciudad y el mundo de la civilización europea y estadounidense –como en el caso de *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla (1882)– o porque aventurarse tierra adentro, como se narra en “Peregrinaciones de una alma triste” (1876) y *La tierra natal* (1889) de Juana Manuela Gorriti, se retrata como una experiencia que, en el caso de las mujeres, siempre incluye el riesgo de violencia (Miseres, 2017:110-112). En este punto, la forma de narrar estas experiencias en clave aventurera la vinculan en realidad con compañeros de oficio como Roberto Payró, Fray Mocho y José Ceppi, quienes, como analiza Martín Servelli, aportaron a través de la figura del reporter viajero “un modelo discursivo propio que combinaba información, instrucción, entretenimiento y opinión” (2018:61), construido a partir de la adaptación de la crónica modernista, la incorporación de procedimientos ficcionales y polifónicos, así como el uso de la primera persona. Es gracias a este emergente modelo discursivo que aparece una nueva dimensión del cuerpo femenino, atravesado tanto por la naturaleza como por la modernidad.

En efecto, el perfil más novedoso de Elflein se observa en el modo en que el yo narrativo procesa el contacto del cuerpo con la naturaleza, a través del pionerismo y los discursos relacionados con la cultura física y el deporte de principios del siglo XX que moldearon la noción de “mujer moderna” (Bontempo, 2016). Según Diego Armus (2016), hacia finales del siglo XIX los discursos médicos, la prensa y la publicidad comenzaron a plantear la necesidad de incorporar a prácticas deportivas con el objetivo principal de fortalecer el cuerpo de las madres, haciendo a un lado nociones como las de fragilidad y quietud históricamente asociadas a la salud femenina. Este paradigma maternalista –y, por lo tanto, tradicional respecto a los roles de género y su función social– implicó sin embargo un giro en el vínculo de las mujeres con el deporte, la vida al aire libre y la moda que marcó de manera decisiva los discursos, imágenes y prácticas en torno al cuerpo femenino hasta entrado el siglo XX.

Este es el imaginario corporal que emerge en los relatos de viaje de Elflein: un yo narrativo que, a partir de travesías que tonifican mente y cuerpo, se aleja del hacinaamiento de la ciudad y reconecta esa subjetividad con la “esencia” de la patria.⁵ En resumen, la experiencia que se busca transmitir es la de la aventura, pero *reconvertida en términos masivos*; una vivencia que quiebre la domesticidad moderna de la vida urbana y se aleje de la práctica cada vez más popular del turismo, pero al mismo tiempo pueda ser promovida al público de *La Prensa*, casi como una guía, con su detalle de itinerarios y precios. En este punto, el respaldo del diario a los viajes de la escritora sintoniza con su perfil amplio y popular a principios del siglo XX, alimentado principalmente por sus avisos comerciales, su red de sucursales y la construcción de su famosa sede en Avenida de Mayo como un edificio de uso público (Gómez, 2008).

El cuerpo de los otros

Existe en la narrativa de viajes de Elflein una tercera dimensión vinculada con el cuerpo, que sin embargo no alude de manera directa al yo autoral ni a ese colectivo femenino incluido en sus textos. Me refiero al cuerpo de “los otros” que viven tierra adentro y la separación tácita que se establece, a partir de la escritura, entre esos espacios y los sujetos que la habitan. Porque, si a Elflein le interesa presentar como un elemento nodal de la experiencia viajera su incursión en la naturaleza todavía salvaje

5. Estas nociones se pueden rastrear claramente en la historia del *scoutismo* en la Argentina. Laura Méndez señala que, si bien la sección femenina de los *boy scouts* recién fue oficializada en 1953, desde la llegada de la asociación al país en 1912, de la mano de Moreno, hubo interés por parte de las mujeres en participar de una iniciativa que promovía la recuperación de “valores asociados al campo, al gaucho y a los principios románticos de la argentinidad, a la vez que aportase a la formación de juveniles cuerpos sanos y útiles para servir a la patria” (2016: 207). Tanto la presencia y/o alusión a Moreno en los relatos de viaje de Elflein como la promoción de un ideario similar al sintetizado por Méndez vinculan la mirada de la escritora con el *scoutismo* y otras prácticas y discursos que fomentaron la vida al aire libre desde principios del siglo XX en adelante.

de algunos rincones de la patria y cómo esta impacta en su cuerpo de distintas formas, esos “otros” con quienes se va cruzando –y que en general remiten a la barbarie del pasado– emergen, en cambio, *asimilados*. De este modo retrata, por ejemplo, a los gauchos que conoce durante su viaje a Mendoza y Chile en 1917:

De repente, los jinetes se lanzaron en medio del hervidero, y en un momento fué tumulto y clamor, carreras, corcovos, coces y relinchos que parecían carcajadas burlonas o coléricas y salvajes gritos inarticulados, atávicos aullidos de guerra. Volaban crines y ponchos rojos, brillaban los ojos de hombres y animales; temblaba la tierra y retumbaban secamente los cuerpos al ser lanzados unos contra otros en un cataclismo. (1926:229)

La escena bien podría retratar un duelo o una arriada gaucha, de esas que se convirtieron en tópicos de la literatura nacional, pero Elflein no solo está en Chile, sino que lo que ve, en realidad, es un rodeo; es decir, un evento organizado *para* los visitantes de una estancia en Chacabuco. El hombre de campo, el cuerpo de la guerra y la barbarie, se han convertido en un *espectáculo pintoresco* que da cuenta, tanto del proceso de incorporación del campo a la economía capitalista que se había iniciado a finales del siglo XIX, como del giro nostálgico del mundo letrado, tan emparentado con los escritores nacionalistas del centenario, que idealiza la pampa ahora contrapuesta al hacinamiento de las ciudades y las masas inmigratorias. Mientras que, como sujetos, los gauchos son asimilados a la unidad económica de la estancia, la doma y su vínculo con el mundo animal se transforman en una práctica deportiva que se ofrece como entretenimiento a los visitantes.⁶

No será la única vez que Elflein retrate a esos “otros” como individualidades o colectividades “pacificadas” e integradas a las naciones jóvenes del Cono Sur. Es también a través de este prisma que la escritora contempla la llanura pampeana al comienzo de *Paisajes cordilleranos* y evoca las figuras de Martín Fierro y de Cruz como “simbólicos vagabundos” (1918:13) que pertenecen al orden del pasado, en contraste al espíritu de progreso y optimismo del presente. Esta mirada se complementa con un enfoque que ve en esa figura su atractivo comercial: el gaucho ya no solo ha dejado de ser, como comenta en su viaje por el norte, ese “sucesor y heredero de indios y conquistadores” que, cual derivación de la llanura, “fuese indómito a todo freno y sintiese ebria el alma de espacio” (1926:78), sino que, además, es recomendado como guía turístico, al ser caracterizado en su visita al Pan de Azúcar, en Uruguay, como la combinación perfecta de conocimiento del terreno y “habla pintoresca” (164).

Este mismo prisma es utilizado para narrar el encuentro con otras comunidades, en otros territorios, por ejemplo, cuando visita a Abel Curruhuinca en las afueras de San Martín de los Andes, cacique de una comunidad mapuche que caracteriza como “gente mansa y asimilada, hoy entregada de lleno a las faenas del campo” (1918:51). “Todos son cristianos, pero conservan usos y costumbres antiguas”, agrega Elflein tras describir en detalle la vestimenta de los hombres, a quienes define como “paisanos criollos” (53), con sus broches de plata y su “legendaria vincha” (53), e interpreta como un indicio inequívoco del pasado en el presente, atractivos en su evocación nostálgica. En este caso, como en el retrato de las famosas “cobradoras” de Santiago –mujeres indígenas “vestidas con unos delantales y sombreritos de brin, que alguna vez fueron nuevos y blancos” (1926:235)–, el cuerpo y la vestimenta funcionan en un sentido “tradicional”, en tanto significantes de “una jerarquía colectiva, con su especie de estructura diferenciada y al mismo tiempo inmóvil” que, según Roland Barthes (1985:4), contrasta con el principio de diferenciación que la moda introduce como elemento significador del cuerpo moderno.

En paralelo a la insistencia en el uso tradicional de vestimentas y costumbres “pintorescas”, Elflein se encargará de subrayar el grado de integración de estas comunidades que en el pasado habían sido percibidas como sujetos de la barbarie. De hecho, a

6. La propia Elflein señala este proceso de transformación en la vida de campo. En “Paisajes Uruguayos” (1915) comenta con sorpresa el volumen del comercio ganadero y señala: “En las estaciones observo largas paradas impuestas para embarcar ganado. El capataz o encargado de estas operaciones, podría muy bien ser ‘Santos Vega’ o ‘Martín Fierro’ o algún otro prototipo del gaucho antiguo. Aisladamente se ve todavía el chiripá, que en casi todas partes ha sido reemplazado por la bombacha. También la vincha se observa alguna vez en la frente de los hombres” (1926: 157).

través del retrato de Curruhuinca, Elflein enfatiza un carácter “pacificado” y un imaginario estatal en el territorio patagónico que permanecía en conflicto tras la llamada conquista del desierto, al destacar:

Pasamos en su aldea un día lleno de impresiones extrañas; y la más extraña de todas ellas fué oír cantar el Himno Nacional a un grupo de pequeños indígenas. [...] Fué una emoción intensa ante la elocuente profesión de fe argentina, de gentes humildes e ignoradas a las que aún rodea la siniestra leyenda del salvaje sin patria. [...] Ya es remoto aquel instante en que los indios pedían el breviario y la sangre de Mascardi en las mesetas patagónicas; o ‘¡Abarrente, tatay!’ como a Castelli en Tiahuanaco; o la cabeza del general Paz, a guisa de ‘llapa’ en las llanuras de Santa Fe. Hoy, piden escuelas. Se puede confiar en el futuro cuando se descubre el mismo anhelo en todos los corazones. (1918:54-55)

El modo en que Elflein da cuenta en sus relatos del cuerpo de los otros se opone y a la vez se complementa con su construcción de esos espacios cuasi salvajes. Si la naturaleza permanece indómita en los rincones de la patria, y ese es su rasgo más seductor para lanzarse a la aventura, sus sujetos “bárbaros”, en cambio, se han asimilado en la mirada de la escritora a la nación moderna, reduciendo los enfrentamientos, guerras y conquistas del pasado a prácticas y atuendos pintorescos que funcionan como un atractivo más para quienes se atreven a “romper con la rutina de los viajes ‘hechos’” (1926:23).

Paisajes vacíos para cuerpos modernos

En 1916, poco después de regresar de su recorrida por los lagos del sur, Elflein publica el relato de ese viaje con un importante despliegue que incluye imágenes de los imponentes paisajes de la Patagonia. Estas fotos tienen su propia marca de autor –pertenecen al conocido fotógrafo chileno Germán Wiederhold, según detalla Martín Servelli (2014)– y reciben un lugar destacado en el diario, ya que cada entrega de *Paisajes cordilleranos* ocupa toda la sección “Literarias” e incorpora varias de ellas. Un año después, cuando *La Prensa* edite la versión en libro, su inclusión a página completa confirmará este protagonismo y el interés de la escritora y el diario por alimentar el imaginario visual en construcción de la Patagonia. De hecho, un análisis detenido de esas fotografías da cuenta del paisaje que se procura transmitir: una vez más la naturaleza se impone ante los ojos de los lectores para mostrar vistas subyugantes en su inmensidad donde no hay sujetos, no hay cuerpos.

La Patagonia es, según estas fotografías, un territorio disponible para ser poblado por ciudadanos emprendedores y modernos. Texto e imagen se espejan al ofrecer un paisaje fascinante que se invita a visitar y a ocupar, cuya construcción visual y discursiva implica el vaciamiento previo de los cuerpos que lo habitaban. Esta versión de la Patagonia puede también extenderse a los otros relatos de viaje de Elflein: en todos ellos, los rincones de la patria son retratados como espacios en construcción que las mujeres también pueden atreverse a conocer solas, ahora que los “otros” han sido pacificados. Mujer, cuerpo y aventura se entrecruzan en su narrativa para mostrar el perfil más audaz de una escritora que, sin embargo, nunca renunció al respaldo de los colegas ni a interpelar al público masivo, incluso a costa de hacer evidente su propia rebeldía. Es en ese doblez donde reside, creo, uno de los principales atractivos de Elflein; en esa escritura que da cuenta de lo novedoso –e incluso por momentos disruptivo– bajo la aparente mirada apaciguadora de la maestra y logra convertirlo en una experiencia de consumo cultural que se instala en la modernidad a partir de la visibilización de subjetividades emergentes, sin dejar por eso de interpelar al gran público, popular y urbano, de la Buenos Aires de principios de siglo XX.

Bibliografía

- » Alfieri, T. (2002). “La identidad nacional en el banquillo”. En *Historia crítica de la literatura argentina* (dir. Noé Jitrik). *La crisis de las formas*. Tomo V (dir. vol. Alberto Rubione). Buenos Aires, Emecé.
- » Armus, D. (2016). “La cultura física de las mujeres, la moda del corsé y los ignorados consejos de los médicos. Buenos Aires 1870-1940”. En *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina 1870-1980* (coord. Pablo Scharagrodsky). Buenos Aires, Prometeo.
- » Barbero, M. I., Devoto F. (1983). *Los nacionalistas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- » Barthes, R., Dufetel, D. (1985). “El cuerpo de nuevo”. En *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias humanas*, Vol. XXI, no 3, 3-7.
- » Barthes, R., Dufetel, D. (2001). *La Torre Eiffel. Textos sobre la imagen*. Barcelona, Paidós.
- » Bontempo, P. (2016). “El cuerpo de la mujer moderna. La construcción de la feminidad en las revistas de Editorial Atlántida, 1918-1933”. En *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina 1870-1980* (coord. Pablo Scharagrodsky). Buenos Aires, Prometeo.
- » Burke, E. (2005 [1756]). *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo bello y lo sublime*. Barcelona, Alianza.
- » Degiovanni, F. (2007). *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- » Echeverría, E. (1837). *Rimas*. Buenos Aires, Imprenta Argentina.
- » Elflein, A. M. (1906). *Leyendas argentinas*. Buenos Aires, Cabaut y Cía.
- » Elflein, A. M. (1908). “Doña Isabel de Guevara”, Buenos Aires, *La Prensa*, 27 de septiembre, 8.
- » Elflein, A. M. (1918). *Paisajes cordilleranos. Descripción de un viaje por los lagos andinos*. Buenos Aires, *La Prensa*.
- » Elflein, A. M. (1926). *Por campos históricos (Impresiones de viaje)*. Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos.
- » García Velloso, E. (1919). “Homenaje a la Señorita Ada M. Elflein”, Buenos Aires, *La Prensa*, 5 de mayo, 8.
- » Gómez, H. E. (2008). “Los diarios como espacios públicos. *La Prensa* en la vida social de Buenos Aires a comienzos del siglo XX”. En *Intersecciones en Antropología*, no 9, 261-274.
- » Gómez Paz, J. (1961). “Estudio preliminar y Bibliografía”. En Elflein, A. M. *De tierra adentro*. Buenos Aires, Hachette.
- » Iglesia, C. (2003). “La mujer cautiva: cuerpo, mito y frontera”. En *La violencia del azar. Ensayo sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- » Kant, I. (2005 [1764]). *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

- » Le Breton, D. (2002 [1990]). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- » Ludmer, J. (1984). "Las tretas del débil". En *La sartén por el mango: encuentro de escritoras latinoamericanas* (eds. Patricia Elena González and Eliana Ortega). Puerto Rico, Ediciones Huracán.
- » Méndez, L. M. (2016). "Una vez guía, siempre guía. Scoutismo en clave femenina, 1910-1955". En *Mujeres en movimiento. Deporte, cultura física y feminidades. Argentina 1870-1980* (coord. Pablo Scharagrodsky). Buenos Aires, Prometeo.
- » Miseres, V. (2017). *Mujeres en tránsito. Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*. Chapel Hill, University of North Carolina.
- » Pratt, M. L. (1992). *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London and New York: Routledge.
- » Prieto, A. (1996). *Los Viajeros Ingleses y la Emergencia de la Literatura Argentina, 1820-1850*. Buenos Aires, Sudamericana.
- » Torre, C. (2012). "Paisajes cordilleranos de Ada María Elflein. La expedición femenina en el país del diablo". XI Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres y VI Congreso Iberoamericanos de Estudios de Género, Universidad Nacional de San Juan, 20 al 22 de septiembre de 2012, Mimeo.
- » Sarmiento, D. F. (1993 [1845]). *Facundo*. Caracas, Ayacucho.
- » Servelli, M. (2018). *A través de la República: corresponsales viajeros en la prensa porteña de entre-siglos XIX-XX*. Buenos Aires, Prometeo.
- » (2014). "Paisajes de la patria para mujeres que viajan solas. La casa argentina de Ada María Elflein". En *Geografías imaginarias. Espacios de resistencia y crisis en América Latina* (coord. Marta J. Sierra). Santiago de Chile, Editorial Cuarto Propio.
- » s/a (1917). "Mujeres intelectuales". *Caras y Caretas*, no 988, 8 de septiembre, s/p.
- » Silvestri, G. (2011). *El lugar común. Una historia de las figuras de paisaje en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Edhasa.
- » Simmel, G. (1988 [1911]). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Barcelona, Península.
- » Schiller, F. (2017 [1793]). *Lo sublime*. Madrid, Casimiro.
- » Szurmuk, M. (1996). "Ada María Elflein: viaje al interior de las identidades". En *Monographic Review / Revista Monográfica*, vol. XII, 337-344.
- » (2007). "Ada María Elflein viaja al interior". En *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina 1850-1930*. México DF, Instituto Mora.